

LAS MAÑANITAS

Hoy os voy a contar la bonita pero sufrida historia que vivieron mis abuelos. Y para que podáis sumergiros en ella, os la voy a contar desde nuestro punto de vista.

Pero antes de empezar os los presentaré. Celestino era un agricultor de tierras pobres que vivía en un pequeño pueblo con su mujer Juliana. Ella es una mujer valiente, que sufrió la partida de su marido al frente de la guerra civil española, cuando tan solo tenían veinte años de edad.



CELESTINO

A finales de 1936 me comunicaron que debía formar parte del ejército español, pues se desató una guerra civil en mi país. Mi mujer se encontraba embarazada de nuestro primer hijo y dejarla sola fue lo más duro que he hecho en mi vida. Los siguientes tres años no fueron nada fáciles para ninguno de los dos.

Gracias a Dios todo acabó y volví a mi vida con mi preciosa mujer y mi pequeño hombrecito, del que me perdí sus primeros pasos, lloros, palabras, pero quise recuperar todo el tiempo perdido, llevándomelo incluso en la banasta del burro hasta mis tierras.

Tardé un par de años en recuperar mi vida tal cual la dejé antes de mi partida. No fue tan duro la herida de bala en mi pierna como las marcas que dejó en mi mente ver tanto dolor. Además, en las tierras agrícolas nacieron una gran cantidad de malas hierbas, pero ya comenzaban a dar mucha producción de grano, al igual que cuando las dejé. También, la familia crecía y seguir día a día luchando por ellos era lo que me mantenía animado. Tuvimos seis hermosos hijos que nos ayudaban tanto, a mí en las tierras, como a mi mujer en casa, sin fallar a sus estudios. Poco a poco fueron marchando de casa a hacer sus vidas y con cincuenta y dos años llegó a la familia nuestro primer nieto, de hasta trece que nos dieron. Poder disfrutar con todos ellos y ver que mis hijos eran felices recompensaba todos los momentos duros vividos.

Fue un frío día de enero cuando un hijo sufrió un brutal accidente de tráfico y aunque sobrevivió, en mi interior y a mi avanzada edad fue la gota que colmo el vaso. Desarrollé una enfermedad que en mi opinión es peor que morir; pues desapareces en vida.

Las primeras veces que no reconocía a la gente fue a mis nietos y momentáneamente. Cuando, me los recordaban con vídeos y fotos, podía ir recordando momentos pasados para no olvidarlos.

Llegó un punto en el que no recordaba prácticamente a nadie, ni siquiera los duros años de las guerras.

JULIANA

Hace cuatro domingos, celebrábamos mi cumpleaños, como siempre la familia viene a comer a casa y aunque ya llevamos unos meses en los que Celestino no conoce a nadie; os cuento lo que pasó. Todo surgió cuando estábamos en la mesa toda la familia. Mis hijos hablaban a su padre de cómo les iba en el trabajo, mis nietos le contaban sus notas del colegio. Y, no sé si fue todo aquello junto al recuerdo del olor y sabor de la rica paella que a él tanto le gusta; que cuando me sacaron la tarta, el empezó a cantarme la canción de “las mañanitas del rey David” que siempre cantábamos en todos los cumpleaños cuando éramos niños.

Celestino la cantó él solo entera para mí, no se olvidó ni una letra y cuando la terminó dijo: “no te he comprado regalo” y todos sonreímos. Durante cinco minutos fue él sin su enfermedad, nombraba a todos, les preguntaba como estaban, ¡que mejor regalo que esos cinco minutos y justo antes de volver a su mundo decirme que me quería!



Desde ese día todos los domingos hacemos los mismos pasos; hago paella, la comemos todos juntos contándonos nuestra semana y cuando llega el postre sacamos una tarta con velas y Celestino comienza a cantar la canción de” las mañanitas”. Sí, pero cuando la termina vuelve a su mundo. No ha vuelto a ser él.

Por eso ha empezado en un centro de día donde una de las actividades que hacen es cantar y parece que se le da muy bien y recuerda la letra de las canciones.

NIETO

Ya conocéis un poco más la historia de mis abuelos ahora me tenéis que conocer a mí.

Yo, que ni con tres años cantaba canciones de la guardería por vergüenza, y mucho menos tocar ni un instrumento; además de porque en mi familia nadie está enlazado con la música y solo cantamos debajo de la ducha.

Pero fue un día cuando la directora del colegio entró a mi clase y nos propuso si queríamos ayudar a personas con Alzheimer, por supuesto ese tema lo tenía muy presente en la familia y claro que me apunté animando también a mis amigos.

Consistía en, dos días a la semana por las tardes y durante una hora, desplazarnos al centro de día donde estaba mi abuelo y otros enfermos de Alzheimer

El primer día nos contaron que teníamos que ayudarles a cantar, entonar con ellos y si se les olvidaban las letras de las canciones recordárselas.

Nos emparejaron y cada uno teníamos que ser responsable de un enfermo, siempre contando con la presencia de sus cuidadores.

Como no, yo haría pareja con mi abuelo, aunque él no supiera que yo era su nieto.

Día tras día disfrutaba de aquellas dos horas con Celestino de una manera especial ya que él no paraba de sonreír y se le veía muy alegre cantando.

Todo ello no hubiera sido posible sin Jesús, que es el director de orquesta del centro de día y también del conservatorio, que al igual que nosotros dedicaba su tiempo con muchísimo entusiasmo.

El segundo día Jesús trajo una guitarra y preguntó si alguien sabía tocarla. Ninguno de los nueve alumnos sabíamos y fue en ese momento cuando dejó la guitarra en mis brazos y me dijo: el nieto, tú tienes cualidades y yo te voy a enseñar; yo le contesté: “creo que te equivocas”. Ese día me enseñó a hacer barridos con los dedos de la mano derecha sobre las cuerdas y comenzamos a cantar.

Al terminar la clase se me acercó y me confirmó que de verdad veía cualidades en mí y que le gustaría darme clases de guitarra. Me convenció al decirme lo importante que sería tener un instrumento para la terapia de los abuelos.



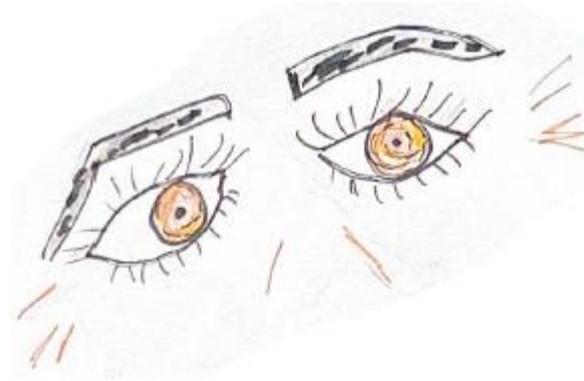
Pasó el curso y yo aparte de las clases de Jesús me había apuntado a otras clases ya que me había enganchado al instrumento

Era el día del concierto a las familias y como no, allí estaban de público mi abuela, mis padres y algunos de mis tíos y primos.

Mi abuelo y yo como un pincel de guapos preparados para cantar todas las canciones que habíamos aprendido tarde tras tarde.

Cantamos: “El chacacha del tren”, “Asturias patria querida”, “Clavelitos”, y un montón de canciones más... la gente aplaudía, y fue en la última canción que se me ocurrió una idea. Me acerqué a Jesús y le pedí si podía tocar una canción y cantarla solo con mi abuelo, él me miró sorprendido, pero confió en nosotros y aceptó.

Jesús nos presentó al público y yo le pedí a mi abuela que subiera al lado de su marido y cuando empecé a entonar “las mañanitas” Celestino la cantó mirando fijamente a los ojos de su mujer sin olvidar ni una sola letra, al terminar besó a mi abuela como si fuera su primer beso y le dijo lo mucho que la quería, al momento volvió a su mundo.



La felicidad de toda mi familia de esos escasos segundos fue enorme.

Hoy soy profesor de música y tengo mi propia academia sabéis que le he puesto el nombre de mis abuelos y que a todos mis alumnos les hago aprenderse la canción de estas son las mañanitas que cantaba el Rey David.

Nieto